

Sijena, un monasterio vivo

Santiago Osácar, escultor y dibujante zaragozano, ejerce también de guía en Sijena y valora el ambiente de espiritualidad que los visitantes encuentran en el monasterio

El principal valor de Sijena es que se trata de un monasterio vivo». Así comienzo mi visita turística con los grupos que cada sábado acuden a conocer este monumento del que tanto se habla últimamente. «Seguramente Veruela y San Juan de la Peña tienen un valor artístico muy superior –les digo–. Ambos están gestionados por la administración pública y organizan muy a menudo exposiciones, conciertos y eventos culturales. Pero al caer la noche, los encargados conectan las alarmas, cierran las puertas y se marchan a sus casas. Los viejos monasterios quedan vacíos. Mientras que en Sijena sigue brillando en la penumbra la llamita roja del sagrario y antes del amanecer resonarán bajo sus bóvedas de piedra las salmodias gregorianas de maitines».

Los turistas, que han venido con

los ánimos encrespados por las noticias referentes a Sijena, perciben muy pronto la singularidad del cenobio monegrino. En cuanto traspasamos el pórtico donde campea la cruz de Malta, nos recibe un acogedor silencio que, sin embargo, está lleno de rumores de vida. La campana tañe con el primer toque de vísperas y en las espadañas y el cimborrio las cigüeñas responden crotorando gozosamente.

La explicación del panteón real es uno de los momentos preferidos por los turistas: su carácter austero, tan diferente de la suntuosidad de los sarcófagos de Poblet, nos habla de ese personaje excepcional que fue Doña Sancha, la reina fundadora de Sijena y su primera priora. Para la Reina Santa, Sijena no fue primordialmente un signo de poder político o una estrategia de repobla-

ción que afianzara los avances de la reconquista. Toda la arquitectura del monasterio está imbuida de la espiritualidad de esta mujer singular, que huyó de la ostentación y el lujo de la corte. No hay decoración escultórica en los capiteles ni en las arquivoltas, ni airozas impostas con ajedrezado jaqués.

El ámbito arquitectónico de Sijena es desde sus orígenes, ante todo, un espacio de oración, de silencio y de recogimiento. De escucha atenta a las palabras y susurros que reverberan en el corazón humano. La sobriedad de su fábrica nos recuerda también que el principal esfuerzo económico de sus primeras dueñas, regidas por Doña Sancha, estaba orientado al cuidado de pobres y enfermos. No en vano estaban sujetas a la orden llamada del Hospital. Los turistas lo entienden.

Después les propongo pasar al antiguo refectorio. Actualmente es utilizado como capilla, donde las monjas exponen el santísimo ante el que permanecen turnándose durante largas horas de adoración. Su figura inmóvil, postrada ante la custodia, con los hábitos blancos y la capucha calada impresiona a los visitantes. Algunos se santiguan o se arrodillan. Otros, simplemente, permanecen en respetuoso silencio.

La visita guiada termina en la sala capitular, cuyos frescos tanto revuelo han levantado. Pero mientras recorremos el claustro hacia la puerta de salida, el segundo toque de vísperas suscita entre los grupos otro tipo de preguntas y comentarios que dan a entender que, verdaderamente, han comprendido cuál es el principal valor del monasterio de Sijena.

Algunos deciden alargar la visita y se quedan a rezar la oración del atardecer con las hermanas. Los últimos rayos del sol entran por el óculo que mira a poniente y el incienso aromático adquiere tonos dorados mientras se eleva, sosteniendo los cantos litúrgicos que invocan el nombre del Dios bueno y amigo de los hombres.